UN PRÓCER ROMÁNTICO

EL CONDE DEL CAMPO DE ALANGE

Cuantos han hojeado Revistas románticas, sobre todo «El Artista», vieron en muchos de sus números artículos firmados con las iniciales C. A.; pero no ha sido su afición a las letras, ni su muerte dignísima defendiendo el trono de D.ª Isabel II, llegando a sacrificarle su vida, lo que ha popularizado su nombre. La tierna amistad que le unió con Larra y el bello artículo que éste le consagró, llorando su infausto fin, ha contribuído a dar a su memoria perdurable consagración.

La muerte de un joven ardiente defensor de los principios liberales encarnados en el trono, sus prendas personales llenas de atractivo y simpatía, la generosidad de su conducta, puesta de manifiesto en las grandes muestras de admiración que suscitó, todo contribuyó para hacer del representante de la Casa montañesa de los Negrete, el ídolo de una época ávida de sensaciones, pletórica de pasiones aptas para la admiración y entusiasmo, que no pedían para desbordarse sino la ocasión digna de ser empleadas, y, en verdad, que a todo dió pábulo Campo Alange; en él se dieron las cualidades típicas de los héroes: fué amable, liberal, gallardo, sabio y valiente. Tuvo serenidad en el infortunio, y selló con la muerte la adhesión a los principios que defendió con el entusiasmo de la juventud y con el ardor del convencido; puso en ello todo el caudal de sus grandes cualidades con ardimiento excepcional y quizá superior a la bondad de la causa defendida y a la comprensión contemporánea. Por eso su memoria, si Larra la consagró, imprimiendo en ella la inmortalidad del genio, tenía por sí misma sobrada vitalidad para perdurar en el tiempo. Es un caso de admirable y genuino heroismo con la aureola de desinterés, que lo sublima y ensalza en una época de egoismos rastreros y de concupiscentes ambiciones. Él defendió

el trono por entender cumplía un deber, impuesto por su cuna y sus convicciones; y lejos de enrolarse en la manida cuerda partidista para escalar puestos en la gobernación del país o ceñir la casaca cortesana sin comprender sus deberes, procuró demostrarle su amor, luchando en los campos de batalla, sacrificándole su posición importante, sus asuntos necesitados de arreglo por la larga ausencia durante la emigración y dándole la vida en obsequio. No pudo hacer más y su sacrificio le hizo imperecedero.

* * *

El año 1827 moría en París, en enero, D. Francisco Javier de Negrete y Adorno, partidario decidido del Rey José, lo mismo que su hermano mayor el flamante Duque de la Cotadilla, que le precedió en el sepulcro ocho años antes. De aquellos días del favor bonapartista nada quedaba...; el título Ducal no fué reconocido, y las amarguras del destierro nublaban una prosperidad de antiguo arraigada. Del valle de Carranza salió el primer Conde de Campo de Alange, quien en la Junta de Abastos de Madrid y en el Consejo de Hacienda dió prueba de sus dotes y se hizo acreedor al título. Pero el mayor esplendor lo obtuvo del segundo poseedor, D. Manuel de Negrete y La Torre, Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra durante muchos años; desempeñó las Embajadas de Viena y Lisboa, fué Capitán General de los Reales Ejércitos y obtuvo de Carlos IV los honores de la Grandeza de España y el título de Marqués de Torre Manzanal al contraer matrimonio con la hija del Consejero de Castilla don Diego de Adorno y Dávila y de D.ª María Luisa de Sotomayor, que representaba la línea segunda de la Casa extremeña de los Condes de la Oliva de Plasencia, Señores de Grimaldo, Almofraque y las Corchuelas, separada de la principal en el hermano del tercer Conde, D. Rodrigo Manuel Calderón y Cárdenas. El señor Fernández de Bethencourt, que tan sabiamente trató las cuestiones genealógicas, atribuyó a Corral de Almaguer, no sabemos con qué fundamento, el lugar del nacimiento del Conde de Campo Alange, cuando es lo cierto que nació en Valencia el 16 de agosto y fué bautizado en la Parroquia de San Lorenzo el 31 del mismo del año 1812.

La infancia de Campo Alange nos es conocida por su Diario

que original conserva una de sus sobrinas-nietas. El tiempo con su monótono pasar dejaba deslizar sus horas sin graves trastornos, ni profundas alteraciones; a fines de noviembre volvían a París, pasando en el campo el verano y otoño. En la residencia veraniega de Brie, recibían las visitas de cuantos españoles compartían la emigración o eran atraídos por el buen tono francés; así registra aquel documento a los Marqueses de Mataflorida, al conspicuo bonapartista O'Farril, que vivía en Petit-Bourg, y a la Condesa del Águila. La vida no era demasiado aburrida, eran frecuentes los bailes en la Fonchére, había a menudo comidas hasta de veintiseis cubiertos y las excursiones a París menudeaban, así como la asistencia a la Ópera, y la constante práctica del sport hípico. La ingenuidad se desprende de su lectura; impresionaban la imaginación del redactor sucesos como la gran revista que pasó Luis Felipe en Melun el 2 de Julio de 1831, donde vió al Príncipe de Wagran casado tres días antes, el nacimiento de un cachorro de su perra Diana, la llegada del maestro de inglés o la pérdida del perro Diamante. Por él sabemos que además del inglés estudiaba pintura y era compañero inseparable en sus paseos D. Ignacio Romero y Cepeda, primo de su madre, con el cual contrajo segundas nupcias la Condesa viuda, poco tiempo después.

El Consejo de familia estaba compuesto por los Sres. Arce, Lanza, Prado y Arnao.

Brie-le-Comte era un asilo tranquilo, con el encanto del aislamiento, tan necesario entonces para sus moradores. El deseo de la Condesa de procurar a su hijo el contacto con la madre Patria motivó su envío a Madrid apenas cumplidos los quince años. Ausente estaba cuando murió su padre, y la contestación de su madre al pésame filial merece registrarse:

París 4 de febrero de 1827.

En medio de la tristeza en que estoy sumergida por haber perdido al hombre justo, y al que ha tenido para mí todos los desvelos no solamente de fiel esposo sino de tierno padre, ¡qué me sucedería, hijo mío, sin ti en quien fundo todo mi consuelo y mi mayor esperanza! Tu cartita del 15 del pasado ha enjugado mis lágrimas, por ver en ella estampados los afectos de que

abunda tu corazón y los que me obligan cada vez más a cumplir muy religiosomente con los deberes que me han impuesto hacia ti la naturaleza y las leyes, procurando suplir en cuanto me sea posible la pérdida que acabas de tener: en fin tendrás en mí una madre amorosa y que no dejará de hacer tu felicidad. Mas ésta, Pepito mío, sólo en el camino de la virtud se logra, que fué el que tu padre siguió siempre y del que espero no te separes jamás; sí, estoy persuadida que tu alma sensible y tu juicio recto en todas ocasiones te dirigirán hacia el bien aun a pesar tuyo; digo a pesar tuyo, porque acaso alguna vez la pasión será más fuerte que aquéllos, pero sin duda ésta constantemente saldrá vencida si tu te acostumbras a juzgar bien de las cosas, y a no obrar nunca por capricho. No hay duda que es muy grande la fragilidad humana y que es uno mal juez en su propia causa, mas por lo mismo se debe adherir a la opinión de personas justas e imparciales. Ojalá que tu padre no hubiese olvidado estas máximas y que no hubiera creído su entendimiento superior al de cuantos le aconsejábamos; pero sólo para que la moderación dirija todas nuestras acciones recordemos tan terrible catástrofe.

Deseo con ansia abrazarte, mas entre tanto cúidate, no estudies demasiado y diviértete lo que puedas. Di a tu tía Portago y a la Cayetana que no he podido escribirles por las muchas visitas, pero que lo haré en cuanto pueda. Mis finas expresiones a los Rujulas y tú no dudes del cariño de tu amante mamá,

María.

Supo cumplir bien los consejos maternos, pues estudió más de la cuenta y se divirtió moderadamente, dedicando su atención a la buena marcha del cuantioso mayorazgo heredado de su abuela paterna, la primera Marquesa de Torre Manzanal, y a dar pruebas de su cultura y muestras evidentes de su talento en las publicaciones periódicas. La muerte de Fernando VII y la complicación dinástica que produjo, halló a Campo Alange dispuesto a cumplir con su deber hasta el último extremo, desoyendo voces cercanas que le hablaban de ocupar grandes puestos y disfrutar placeres engañosos. De él decía un contemporáneo en 1832: «Este joven no puede colocarse entre los demás de su categoría, pues a las circunstancias de su carácter y talento, reune la ins-

trucción y deseos de saber, prendas muy raras en los de su clase y esto mismo le hace ocuparse en cosas más serias».

Comenzó su carrera militar como Capitán agregado al Regimiento de Milicias Provinciales de Toledo, por patente de 6 de septiembre de 1833 a instancia suya: «Que teniendo una afición decidida a la carrera de las armas—decía en ella—en que llegaron a los primeros grados su padre y su abuelo y siendo su mayor deseo poderse sacrificar si fuere necesario en defensa de V. M. y su augusta progenie; hallándose dotado de las cualidades que exige el reglamento y en estado de servir y sostener con el debido decoro sin ser gravoso al Erario, suplica a V. M. se digne concederle el grado de Capitán agregado a alguno de los Regimientos de Milicias Provinciales del Reyno, favor a que estará singularmente agradecido».

Conseguida la categoría militar, pidió el 19 de octubre ser incorporado al ejército de operaciones como agregado al Estado Mayor, o en cualquier otra forma. En efecto, se accedió a su petición y fué nombrado Ayudante del General Valdés, director de la Campaña; a sus órdenes permaneció tomando parte en cuantas acciones tuvieron lugar, sobre todo en la expedición de Lumbier, que la movilidad de Zumalacárregui frustró. Cuando D. Jerónimo Valdés, desilusionado y enfermo, dejó el mando, siguió el Conde a las órdenes del Marqués de Moncayo, antiguo Capitán General de Castilla la Vieja, durante cuyo mando diezmó las bandas del Cura Merino y de Cuevillas. En la acción de Muez ganó la cruz de San Fernando, de 1.ª clase, digna recompensa que se le otorgó por Real Despacho dado en Riofrío el 29 de julio de 1834.

Poco tiempo después abandonó el ejército por una enfermedad al estómago, contraída en los nueves meses de permanencia en él.

No era su temperamento inclinado al reposo; el honor de su Casa le exigía la prestación personal que no escatimó en lo más mínimo; apenas repuesto volvió al ejército aprontando, además de sus entusiasmos, un donativo de mil duros para el socorro de los heridos e inutilizados. En la exposición que dirigió al General Córdova decía: «Logrados ya mis deseos de pertenecer al ejército de operaciones al mando de V. E. merced al agrado

con que S. M. tuvo a bien admitir las ofertas que en mi exposición de 7 de noviembre habrá V. E. visto estampadas, es ahora deber mío no diferir un solo instante el cumplimiento de todo cuanto en ella prometí: Incluyo a V. E. por lo tanto una letra de 20.000 rs. von. contra los Srs. Castilla Hermanos, de Pamplona, pagadera a la vista con el fin de que esta cantidad se invierta en aliviar la suerte de algunos de los infelices que mutilados en los campos de batalla vuelven a sus hogares sin otra esperanza que la gratitud de su Patria, sin otro consuelo en sus males que el recuerdo de las bellas acciones a que la han debido». A esta segunda época de su incorporación en el Ejército (8 de enero de 1835) corresponde la página de admiración suscitada por su conducta, que sigue:

«Si el saludo de una hija del Norte te es grato recíbelo ¡oh tú! guerrero de la Patria. Mi corazón al ver del tuyo la generosidad, algún día palpitó de placer... Al ver renacer en ti la inspiración divina de los valientes de la Cruzada... al ver que como tan nobles paladines, todo lo dejabas, comodidades, placeres sin fin y te sacrificabas por un objeto santo, sagrado, por la inocencia y por la libertad.

Aquellos héroes que vencer tuvieron obstáculos sin cuento y los que a ti te rodean, en nada ceden de crueles y trabajosos. A ellos, el ardoroso sol del desierto, el hambre, la sed y la fatiga hacíales sucumbir; hacíales llorar sus compañeros. También hambre, sed y fatigas, sol ardoroso y víctimas que llorar, encuentras en la indomable y fiera Navarra, en los altos y escarpados montes de las provincias vascas. ¡Pero qué diferencia, qué horrible diferencia! Ellos peleaban libres de que el grito de la Naturaleza, en el momento de descargar sus fuertes brazos, el golpe mortal les detuviese diciendo: ¡es tu hermano! Peleaban con los infieles, con los enemigos de su Dios y religión; pero tú, con los hijos extraviados de tu madre Patria. Ellos triunfaron y sus glorias Apolo las cantó. ¿Serás tú menos venturoso? No, las liras de las musas de Iberia templadas yacen esperando tus hechos para cantarlos. Valiente: ¡inspíralas!

Esta guerra atroz tendrá fin, aunque la tea de la discordia que arder suele en el campo de los libres, lo dilate. Y tu espada teñida en sangre de los enemigos del Trono Augusto de la ino-

cente Isabel, volverá a la vaina llena de gloria, ornada de laurel. Entonces la Patria agradecida te dirá:

«Llenaste tu misión como guerrero, eres el orgullo de la noble carrera de las armas. Pero más espero de ti: la no menos noble de la literatura te llama, en tu descanso dedícate a ella. Empezaste ya felizmente animando las artes, e ilustrando al pueblo. ¡Mi digno hijo! debate esta nueva vida».

Tú se la darás e iluminado por Minerva emprenderás arrogante el camino que guía al templo de la inmortalidad. Allí descansarás con Cervantes, Cervantes, ¡sí! y la fama cuidará de eternizar como el suyo, tu nombre.

Tal vez tú tendrás una vaga curiosidad de saber el nombre de la misteriosa ninfa del Avendaño, que trazó estas líneas. En un momento de inspiración la amistad me llamó Julia. Julia seré para ti. Cuando los bravos del ejército poseídos de bélico ardor se preparen al combate..... Julia, en su solitario asilo, pensará en ellos y la humanidad la ocupará..... Cuando ya el bronce asolador retumbe, lance mil muertos y se cruce el valor encarnizado..... Julia rogará al Cielo por las vidas de los más valientes, por la tuya, por vuestra victoria..... Si una bala enemiga te hiere, sus hilas empaparán tu sangre..... y si triunfante, sin lesión alguna a sus ojos te presentas, entonces con qué orgullo volverá a saludarte.

Mil veces he envidiado tu sexo. Si la naturaleza me lo hubiera concedido, pelearía ahora en Navarra, hubiera escrito para «El Artista». Me ha destinado a ocupaciones más dulces y no soy desgraciada. Puedo admirar tu espada y tu pluma y no me privaré nunca de pagar un tributo a tu valor y talento siempre que tu lo merezcas y yo no lo ignore.

Julia.

Mereció, en efecto, su valor el tributo que se le brindaba en estas líneas fervorosas. Había abandonado el General Córdova el teatro de sus brillantes proezas, y los celos suscitados por ellas en el ánimo de Llauder recientemente nombrado ministro de la Guerra a que no era ajeno Rodil, prueban trascendían a los no iniciados, como la sensible Julia lo hacía patente. En enero de 1835 era Comandante general de las Provincias Vascongadas

don José Carratalá, puesto que había desempeñado con gran honor el Teniente general don Joaquín de Osma. En manos de Mina la dirección de la guerra, teniendo enfrente un enemigo de las dotes excepcionales y de la energía de Zumalacárregui, se hacía necesaria la vuelta de Córdova a las Vascongadas, como así ocurrió. En Arlabán se encontró Campo Alange, y el 20 de abril fué herido de un balazo en el reconocimiento de Villarreal; el premio a su herida fué el grado de Teniente coronel concedido en el campo de batalla; apenas curado volvió a tomar parte en los combates librados del 22 al 25 de mayo. Su salud no debía ser muy robusta y se resintió de la herida en Burgos, donde permaneció unos meses para su curación.

Coincidieron con su inacción los graves sucesos que señalaron el verano del año 35 como funesto y memorable, desgraciado el encuentro del puente de Volueta en que cayó herido Espartero; reducido Córdova a la inacción por haber distraído el Gobierno algunos batallones para contener la insurrección interior, no había apenas esperanzas en el horizonte de negra cerrazón llena de trágicos augurios. La llegada de Mendizábal el 5 de septiembre dió realidad a las esperanzas y lograba pocos días después la caída del Conde de Toreno, a quien debió su encumbramiento, sustituyéndole, caso frecuente en la moral política.

Por aquellos días escribía al General Oráa su subordinado el reciente Teniente Coronel de Milicias:

«En mi anterior confié a Vm. de caballero a caballero, las repugnancias que mi delicadeza había suscitado en mí acerca de cierto empleo que pudiera caberme en suerte. La causa principal de aquella repugnancia cesó ya por razones patentes y notorias. Otra es, pues, la causa que me mueve hoy a tomar la pluma para valerme del favor de Vm., causa noble, justa y que no puede hacerme desmerecer lo más mínimo en su buen concepto, de valor demasiado grande para mí, para que pudiere serme indiferente el perderlo.

En mi anterior fecha 15 del corriente (septiembre), no creo haber dicho a Vm. que con la destemplanza de la estación había comenzado a resentirme del pecho. El tiempo aquí ha cerrado en aguas de un modo espantoso de algunos días a esta parte, y con esto, mis dolores que desde que recibí el balazo jamás des-

aparecidos enteramente, se ha nido pronunciando cada día con alguna mayor intensidad. Esto no obsta a que yo salga para Vitoria de un momento a otro y me incorpore con el Cuartel General lo más pronto que pueda. Quiero demostrar toda mi buena voluntad, hacer el ensayo de mis proezas. Si el resultado es favorable me contemplaré feliz mil veces y permaneceré en el ejército; si adverso, quedará mi honor bien puesto, tranquila mi conciencia y yo me iré a curar a Extremadura o Andalucía. Por si llega este caso, que harto me lo temo, y para evitar el tenerme que dirigir acaso a un general que no conozca como Vm. la justicia y la rectitud con que entonces habré de solicitar una licencia ruego a Vm. que me la mande expedir, si posible fuere por seis meses, expresando que estos no se contarán sino desde el día en que empiece ha hacer uso de ella.

. . . . . .

. . . . . .

Por el último correo recibí una larga carta del Gl. Córdova, aprobando en un todo mis intenciones, y diciéndome, entre otras cosas, que piensa pasar el invierno en París o en Italia. Llena tengo el alma de amargura, mi general, con ver a la mayor parte de las personas que estimo, a casi todas las que formaban mi sociedad en Madrid, dispersas ya en las provincias y algunas en el extranjero. Yo no apruebo la emigración, y estoy decidido a no recurrir a ella, sino cuando ya me sea materialmente imposible permanecer en mi patria.»

Las personas que formaban su sociedad de Madrid, sus amigos, fueron arrastrados por su ejemplo y nos lo prueba su correspondencia. Constituían ese grupo lo más florido y brillante de la juventud aristocrática de entonces: los Tellez-Girón, que llevaron sucesivamente el título de Osuna, Casasola el primogénito de Puñoenrostro, el Marqués de Villcampo, de los viejos Salamancas de Burgos, y otros. Porque entonces el criterio nobiliario no había sidotoda vía reemplazado por el de opulencia, y era la norma de la sociedad la consecuencia y la amistad, ambas refrendadas por la comunidad de opiniones, base imprescindible de la firmeza de aquélla. Campo Alange se debatía en medio de la indiferencia de sus amigos, obligados por su posición a compartir la fe que hervía en su alma por el ideal monárqui-

co, quizá en él con más entusiasmo sentido por las circunstancias de su casa y un arraigado sentimiento de desquite por la fidelidad bonapartista con que aquella estaba resellada. Dos cartas de Osuna lo atestiguan y ayudan a conocer el temperamento de este gran Señor, a quien ha ocurrido lo que suele acontecer con los paisajes exuberantes: la flora magnífica impide apreciar la configuración del suelo. En él ha sido tan potente la leyenda del despilfarro opulento que ha malogrado el conocimiento de quien lo motivaba. Aunque son cronológicamente posteriores, aclaran de tal modo cuanto decimos, que vale la pena sacrificar un tanto aquel orden, en gracia al mejor conocimiento de hombres y cosas. Ya estaba en Vitoria el que era entonces Marqués de Terranova y había de suceder en la Casa Ducal no mucho después, y compartía las ocupaciones guerreras, como eficaz demostración de su participación en el ideal.

Mi querido Pepe: he recibido ayer noche, con el mayor placer, tu amable carta fecha del 18 de este mes (octubre de 1836), y al paso que agradezco en ella tu fino recuerdo, no puedo menos de expresarte lo muy sensible y grato que me ha sido lo que por mí has hecho, hablando al Sr. General Oráa, acerca de mí y de mis deseos.

El haber recibido tu carta con un atraso tan considerable me ha impedido ponerme antes en marcha, lo que verificaré al instante, y te suplico tengas la bondad de manifestarlo así al Sr. General Oráa, al mismo tiempo que le digas lo muy reconocido que estoy a tantas y tan repetidas atenciones como le debo.

Mucho me alegraré quedarme en la P [lana] M [ayor], y según tú me dices esto lo podré conseguir; en fin, te aseguro me hallo muy satisfecho, tanto más cuando veo que mi conducta merece tu aprobación que como ya sabes para mí es todo, tanto por la confianza y cariño que me inspiras, como por que sé lo muy amigo que eres mío (quizás el único), y lo mucho que me amas. Me felicito mil y mil veces á la par que me honro de que seamos otra vez compañeros, y de haber emprendido el mismo camino que tú, que es sin disputa en el día el mejor y el más honorífico, y el que desde luego hubiera yo seguido sin titubear ni un momento, á no haber sido por las razones que ya sabes

etc. Ahora que ya estoy decidido, no temas, seguiré tu consejo, pues bien sé que mi estancia más tiempo por acá, al mismo tiempo que me indispone con un partido no me grangea la estimación del otro, y conozco querido Pepe la razón que tienes, en decirme lo que me dices, y sé que el consejo que me das conozco lo mucho que me hace falta, pero por esta vez no será así. Nada de nuevo tengo que decirte de aquí más, sino que Perico se fué ya hace ocho días; dijo que pensaba volver al Ejército, pero yo no lo creo. Te dejo por hoy, que estoy muy ocupado arreglando mis cosas para marchar y buscando caballo, pues por la maldita venta que hice de mi jaca a Urbina, me he hallado desmontado, pero espero en breve lo estaré: y sin más ten la bondad de ofrecer mis respetos al General Oráa, y dando expresiones a Declonet, Labastida y demás amigos, me repito tuyo de corazón.

Mariano.

P. S. Pezuela me encarga te de memorias.

Vitoria 16 de Noviembre de 1736.

Mi querido Pepe: tu silencio me hace suponer que tal vez no habrás recibido mis cartas últimas, en las que te anunciaba iva a marchar al momento para venirme al Cuartel General, pero habiendo sabido, que el General Oráa, marcha a Valencia de Capitan Gral, y no sabiendo aun de fijo cual era mi destino en esa, he resuelto diferirlo. También he recibido por el correo de ayer carta de mi casa en la que me anuncian que ya en algunas Provincias ha principiado el secuestro de los bienes de los que han marchado al Estrangero, y hallándose mi Hermano como sabes en ese caso, me veo precisado á marchar á Madrid para reclamar, pues no será justo que yo también salga perjudicado.

Tú mejor que yo sabrás lo que debo de hacer, ahora que se ha marchado el general Oráa á cuya inmediación iva á ser empleado, si quedarme o marchar a mi Cuerpo. También dicen que si se marchará toda o parte de esa P. M.; en fin, dicen tantas cosas, y tan inconexas unas con otras, que a nadie se puede creer: yo espero con ansia tu contestación, y te suplico no dejes de escribirme al momento.

Ayer se ha asegurado aquí por cartas de Madrid, que Fernando Córdova, los chicos de Puñonrostro, y otros Ayudantes del Gral. Córdova, habían sido desterrados de Madrid; ignoro si será esto cierto o no, pero no lo puedo creer. Como conozco tus sentimientos tan nobles y que tanto se interesan por los desgraciados, me he tomado la libertad de ponerte en una suscripción que hemos formado Pezuela, yo y otros varios, con el objeto de dar dos Funciones en el Teatro, cuyo producto total está destinado en beneficio de nuestros infelices Prisioneros; creo aprobarás lo que he hecho; esta noche es la primera función y dan el Oscár, representado por Pezuela, Gomez, Teniente del 1.° Ligero, Vela que lo es también del mismo Cuerpo, el Coronel Cabas, Perez el Ayudante del General Carondelet y la Narcisa; y otra pieza en un acto titulada la Heredera, que será representada por Gomez, Perez y la Narcisa, etc.

Quisiera ser más largo, pero no puedo, pues esta te la escribo desde la cama en donde me hallo muy incomodado del estómago, y con mucho trabajo. Mucho siento no poder participar de vuestras fatigas, pero cómo ha de ser, esta es mi suerte. Mañana, si acaso estoy mejor, pienso salir de aquí para ver si veo al Gral. Oráa antes que se marche, o si acaso ha marchado ya de hay (sic) como se dice, para verlo donde lo encuentre.

No dejes de escribirme y de decirme lo que creas debo de hacer ahora, que no sé si estoy o no empleado en la P. M., y si acaso no lo estoy probablemente marcharé a Madrid.

Memorias a todos los Amigos y me repito tuyo de corazón tu mejor amigo y compañero,

Mariano.

P. S.

Perico Anglona me encarga mil cosas para ti: De mi Hermano he recibido carta el otro día, y te aseguro me ha puesto de bien mal humor su contenido, ya hablaremos cuando nos veamos.

Adjunto te remito el Duende Liberal, en donde viene la contestación del Coronel Mena y Herrera a todos sus embustes de su otro artículo.

Llegat está aquí, y me encarga te diga tiene en su poder un cajoncito para ti que le entregó Ramón Castro en Burgos.

A las órdenes de Córdova estuvo Campo Alenge hasta la dejación del mando por el insigne caudillo en 1836; la caída de un caballo que le magulló considerablemente una pierna, le obligó a dejarlo en Navarrete. Permaneció algún tiempo inactivo en Burgos, con intención de regresar al ejército, y escribió a su jefe esta interesante carta: «En él pienso permanecer—escribía a Puñonrostro—mientras me sea posible no dirigir los ojos y la espada sino a los carlistas. Creo hacer a mi patria el mayor de todos los sacrificios, prescindiendo de mis intereses vulnerados por la resolución y de mis simpatías que no puedo conceder a trastornos que en mi entender nos conducen directamente a la ruina.» (1)

La llegada de Rodil suscitó en el ánimo del prócer soldado nuevas inquietudes que comunicaba al General Oráa pocos días después (Burgos 15 de Septiembre).

Navarrete, Agosto 20 de 1836.

Excmo. Sr. D. Luis Fernández de Córdova.

Mi amado General: Mariano Girón informó a Vm. de la doble desgracia de mi caballo y mía. Esta última no ha tenido las consecuencias que temí en un principio; la hinchazón de mi pierna va ya cediendo rápidamente y no hubiera sido obstáculo suficiente para impedirme el salir ayer en busca de Vm. sino hubiese coincidido con ella la triste circunstancia de hallarse el único caballo que traía cojo, a tal punto, que no sé en verdad cuando podra ponérsele una herradura. Este contratiempo me desespera por cuanto me ha impedido cumplir con una obligación a todas luces sagrada. He recibido una carta de Mariano, diciéndome de orden de Vm. que en cuanto me restablezca vaya a incorporarme al cuartel general. Con este motivo he inviado un criado a Logroño a pedir mi pasaporte y recojer algunos efectos y en cuanto me sea posible cumpliré la orden de Vm. Días hace, mi general, que hubiera deseado hablar con Vm. acerca de mis ulteriores intenciones, para pedirle consejo, y para demostrarle al mismo tiempo mi gratitud por las distinciones con que me ha honrado

(1) Burgos 6 de septiembre de 1836.

mientras he servido bajo sus órdenes. El temor de serle molesto me ha detenido siempre, ahora le ruego me disimule si abuso de su paciencia algunos minutos.

Varias son, mi general, y en mi entender muy poderosas las razones que me mueven a permanecer por ahora en el ejército. Cuando dejé mi casa y abandoné mis intereses para venir a él, no fué ciertamente, como en términos vulgares suele decirse, para cubrir el expediente, ni para cambiar mi charretera por galones, sino con el deseo de granjearme algun nombre a costa de mis sacrificios y de mis acciones. Si en el día no se me cita como a otros muchos con desprecio, tampoco puede sin injusticia colocárseme en el número de los buenos militares, porque ninguno de mis actos en esta guerra es digno de la mención más leve. Y esto es lo que me falta para mi propia satisfacción, para mi ambición personal, y esto lo que buscaré mientras mi salud endeble no me lo impida, si no logro ocasión de alcanzarlo o por falta de medios no la aprovecho, consuelo será siempre para mí el haber puesto el empeño de mi parte.

Únese á esta ambición la de merecer la estimación de Vm. y creo, mi general, no poder tomar mejor camino para obtenerla, que mostrarme sufrido y perseverante aun á través de acontecimientos tan desagradables como los que diariamente presenciamos. Mi posicion todavía insignificante me ahorra compromisos a que tal vez en distintas circunstancias habría de sucumbir. En medio de los escollos que nos rodean, todavía creo ver un camino si bien difícil, no de todo punto impracticable ni imposible con los principios severos de un hombre de honor. Mientras no se borre de mi vista, no pienso desamparar el puesto fiel a mis principios, lloraré las calamidades de mi patria, pero sin limitarme a estériles lamentos. Donde vea una bandera de órden y de legalidad, allí acudiré con mi persona y con mi hacienda y combatiré toda otra bandera que se separe de ella. Pero si esta llega á faltarme por desgracia, y quedan solas en la palestra la de la revolución y la de D. Carlos, no titubearé en acojerme a la primera, apesar de la poca simpatía y de la ninguna confianza que me inspira, y de que se muy bien que al obrar así labro y consumo mi propia ruina. Creo poder asegurar a Vm. mi general, que en este punto no me dejo cegar enteramente por las

ilusiones de la juventud y que si llego á abrazar una causa á mis ojos desesperada, será sólo por obedecer á la conciencia de un hombre de bien.

Ruego a Vm. encarecidamente, mi general, que disculpe este empeño, ridículo sin duda, de ocuparle tanto tiempo de mi persona. Hay ocasiones en que debemos á toda costa desvanecer hasta las dudas mas livianas que puedan conservar aquellas personas, cuyo aprecio se ambiciona, y esto es lo que me ha hecho escederme en este caso.

Mañana debe jurarse en ésta la Constitución, acto que no creo se celebre con demasiada solenmidad, porque apesar de hallarse tan próximo, nadie habla ni se acuerda de semejante cosa. El alcalde mandará sin duda que haya entusiasmo.

Si el nuevo general en jefe me concede licencia, pienso pasar a Burgos por ocho o diez días a ocuparme en un asunto interesante de Villarcayo y dedicar algún tiempo a los míos propios y a mi correspondencia sumamente atrasada.

Y antes de concluir no puedo menos dar a Vd. las más sinceras gracias por la consideración con que siempre me ha tratado. Si alguna queja pudiese yo tener, creo que sería la de haber sido considerado con extremo.

Quedándome solo ahora a Vd. apasionado ayudante y seguro servidor q. b. s. m.,

El Conde de Campo Alange.

Al General Oráa.

Mi venerado general: alentado por las repetidas muestras de estimación y de interés que Vm. me ha dispensado, voy a distraerle algunos instantes confiándole mis cuitas como caballero para reclamar su consejo y aun acaso su poder y valimiento. Y como una profesión de mi fe política sería de todo punto ociosa por conocer Vm. a fondo mis opiniones, iré derecho al asunto.

Yo pienso permanecer en el ejército, como creo haber dicho a Vm. varias veces, mientras mi salud, harto endeble, no me lo impida, y mi conciencia y mi honor no reprueben esta permanencia. Entre tanto, aunque evidentemente conozca que la causa que defiendo está muy distante de ser personalmente la mía, per-

sistiré en sacrificarme por aquella que más se identifique en mi entender con la salud de mi patria.

El general Rodil ha debido ya salir de Madrid para tomar el mando de ese ejército, llevando de ayudante de campo al capitán don Cayetano Cordero. Y sin quererme dar una importancia que estoy lejísimo de tener, veo como una cosa que pudiera suceder muy bien el que Rodil me nombre también ayudante de campo suyo. No pretendo que sea posible, sino que es posible y hasta fácil, no porque me sirva de recomendación mi mérito personal harto escaso, sino por consideración a los tres generales cuyo ayudante he sido. Ahora bien; el ver asociado mi nombre con el de Cordero es cosa que ni puede lisonjearme, ni convenir siquiera a mi decoro, según los principios rectos y severos a que me he propuesto sujetar siempre mi conducta. En la Puerta del Sol dos años hace me he hallado enfrente de Cordero esperando con ansia la orden de atacar la Casa de Correos y clamando por un castigo pronto y terrible proporcionado al crimen de asesinato e insubordinación militar que acababa de perpretarse. Tal vez con el discurso del tiempo rescatará este hombre aquel atentado con servicios efectivos y merecerá bien de la Patria. Entonces podré concederle mi estimación y honrarme si se quiere con la suya, pero entre tanto sólo veo en su frente una mancha horrible de sangre, y en sus hechos un delito que ha acarreado funestas consecuencias a nuestra causa. Sentado esto, inconsecuente sería yo y bajo si en mi trato demostrase opuestos sentimientos, si gustoso consintiese en verme a su lado y ser tenido por su amigo. No dudo, mi general, que este modo de pensar parecerá a Vm. honroso o cuando menos disculpable y me ayudará a salir lo mejor que pueda de los escollos que me rodean. Grandes son estos en efecto: porque a una atención honrosa para mí del general en Jefe habría de contestar con una repulsa que por lo menos pasaría por grosera, y esta repulsa tendría que fundarla en algún motivo y ¿sería conveniente manifestar el verdadero? y ¿sería decoroso pretextar alguno falso?

Un remedio solo veo por ahora y este es pasar á las inmediatas órdenes de algún general de división (Espartero por ejemplo si se hallase al frente de la suya) ó entrar en la P. M. G. Esto último me convendría quizá mejor que otra cosa alguna,

pero sería preciso que me anticipase a la llegada del General Rodil.

En este estado, me someto enteramente a la decisión de Vm., cierto de que me ofrecerá el partido más seguro y más honroso.

Desde Madrid espero de un momento a otro contestaciones importantes y dentro de cuatro o cinco días saldré para Vitoria, donde esperaré el consejo, mejor diré las órdenes, de Vm. fijando mi posición. El clima destemplado de esta ciudad no me ha sido demasiado favorable, pues he vuelto a resentirme algún tanto del pecho, a consecuencia de mi balazo.

Y concluiré repitiéndome de Vm. aftmo. servidor y obediente subordinado q. b. s. m.

El Conde de Campo Alange.

Difícil era la posición del Conde, si como Puñonrostro le comunicaba venía con Rodil su ayudante Cordero, el cabecilla de la insubordinación y la indisciplina, de los tristes sucesos que costaron la vida al insigne Teniente General Canterac, el año anterior y las insinuaciones por parte de aquel grande, eran terminantes; sus hijos habían vuelto a Madrid a descansar a la casa paterna «que donde mandan los sargentos y cabos no hacen falta los oficiales y mientras... habrá la política exterior e interior prefijado el porvenir para en su vista adoptar el partido que más convenga al mejor servicio de la Reyna N. S. que nunca puede estar en contradición con la felicidad de la Nacion.»

Pero las circunstancias coadyuvaron esta vez al logro de sus deseos, porque Espartero reemplazó a Rodil en el mando y desapareció el escrúpulo de la convivencia con el militar sin honor. El General Oráa así se lo comunicaba desde Logroño, disipando con su laconismo habitual la gravedad de la situación que presentía, con la llegada del primero de los generales.

La salud nada robusta de nuestro biografiado se había quebrantado, como él mismo manifestaba, y una hinchazón del lado resentido por el balazo recibido, motivó la necesidad de una licencia para Madrid y el dictamen de dos facultativos que estimaban no podía permanecer aquel invierno en el Ejército. Pero sus propósitos fueron otros: «confiado en mi ánimo y en mi buena

suerte, me he dado de alta en el ejército y aquí me tiene V. de Ayudante de P. M. encargado de redactar el diario de operaciones.»

Sin embargo, en aquellos días un papelucho con honores de órgano de la opinión llamado «El Duende Liberal» publicó el 1.° de octubre en su sección de correspondencia, escudado el libelista en las iniciales del anónimo, un suelto de origen pseudodemocrático, que no es a veces sino el vicio frecuente de la envidia a los de arriba, escudada en la cómoda postura de la igualdad, de la impotencia revestida del triste revolucionario, para no presentar las lacras del móvil a que obedece. El suelto estampado en la columna 3.ª del Estallido 40, de «El Duende» contenía lo siguiente:

Correspondencia. Vitoria, Setiembre 27.

Quiero darle a V. noticias verídicas para que las estampe en su papel. Cuando el Conde de Campo Alange vino al ejército del Norte, al que pertenezco a su plana mayor como coronel gobernador del punto avanzado sobre los enemigos, la villa de Treviño y su condado que son de mi jurisdicción, se estampó en algunos papeles públicos que dicho Conde Campo de Alange, con un hijo del Conde de Puñonrostro abandonaban las delicias y diversiones de la corte por venir a campaña, y uno y otro vinieron á ser edecanes del dichoso y nunca bien ponderado Cordobita Luis, general en gefe de los de operaciones del Norte, para oprobio de esta nación generosa á quien todo lo debe; y tanto el Conde de Campo Alange como los dos hijos de Puñonrostro acompañaron al tal Córdoba ex-general en gefe y su hermano, como era natural, que también era edecán de Luis Córdoba, hasta la raya de Francia, y se volvieron todos en amor y compañía, esto es, el hermano del general del gefe que fué, Córdoba, el Conde de Campo Alange y los dos hijos de Puñonrostro, y se dirigieron juntos á Madrid sin tocar en el cuartel general: sin duda Córdoba les daría el pasaporte para ir á Madrid, y en el día ningún papel público ha dicho como estos señoritos han abandonado el ejército y se han metido en la corte, sin duda porque ellos quieren hacer la guerra de edecanes.

Deseo lo pase Vd. bien interin soy de Vd. su más afecto q. s. en b.

J. M. de. M.

La insidia no podía ser ni más insolente, ni más calumniosa. Hemos visto a Campo Alange, enfermo sin poder acompañar a Córdova, y las órdenes de éste para que se incorporara una vez curado en Vitoria, su permanencia en Burgos para atender a su restablecimiento y haber sido dado de alta en seguida. La sanción no podía dilatarse, Campo Alange acudió a ella rápidamente y en el mismo papel, que manchó su nombre o intentó hacerlo, apareció la rectificación.

Sr. Editor de «El Duende Liberal».

Muy Sr. mío: en un artículo inserto en «El Duende» de 1.º del corriente, bajo el epígrafe Correspondencia y con fecha de Vitoria, se lee entre otras cosas que el Conde de Campo Alange, después de haber acompañado al General Córdova hasta la raya de Francia, se había dirigido á Madrid con otros oficiales que allí se citan, sin duda porque no querían hacer la guerra sino de edecanes.

Debo declarar aquí, que el susodicho artículo es mío. Escrito con noticias suministradas por personas mal informadas, o mal intencionadas, encierra un doble yerro: la inexactitud de los hechos y un ataque injusto aunque involuntario á reputaciones respetadas en el ejército.

Mejor informado en el día, es un deber mío publicar que el Coronel don Fernando Córdova y los hijos del Conde de Puñonrostro han hecho honrosamente la guerra en las filas de este ejército, antes de servir a las inmediatas órdenes del último general en jefe.

El conde de Campo Alange, fiel a sus honrosos antecedentes permanece firme en el puesto de peligro, que su entusiasmo por la causa nacional le hizo elegir desde el principio de esta lucha, y está útilmente empleado en la Plana Mayor General.

Me complazco señor editor en hacer esta manifestación, en justo desagravio de la ofensa involuntariamente inferida a los

apreciables oficiales mencionados en mi artículo; persuadido de que confesar una falta es el modo más noble y más completo de repararla. De V. affmo. q. b. s. m.

Vitoria 3 de octubre de 1836.

La intimidad del Conde con el General Córdova, dió pávulo a la falsa noticia de su paso a Francia, como lo pone de manifiesto una carta de Eugenio de Ochoa, tan interesante como todas las cruzadas entre ellos, de comienzos de septiembre, que encaja muy bien en este punto para explicar cuanto hemos narrado.

Miércoles 7 de septiembre.

Querido Condesito: Pocas veces sus cartas de V. siempre tan dulces para mí, me han producido una sensación tan agradable como la que sentí al recibir la del 31 del pasado que me escribe V. desde Burgos, adjunta a una para Calvo Rubio, a quien sea dicho de paso, se la entregué ayer mismo, leyéndole además la mía. Tentaciones me hubieran dado si esto no hubiera sido un abuso de confianza a que no da derecho ni aun la amistad más íntima, de publicar en los periódicos algunos fragmentos de la carta que V. me escribe, carta que hace a V. tanto honor que, como ya he dicho al principio, es una de las que más profundamente me han conmovido. Prescindiendo de esto, estaba persuadido como todos de que había V. cometido un grave error, cual era el de pasar a Francia con Córdova; los periódicos lo habían asegurado, y yo, privado de noticias directas de V., lo había creido como los demás y afligídome por ello como todos los que le quieren de veras. Veo pues, que no ha cometido V. ese error, que insiste en defender a la Patria por grandes que sean su ingratitud y sus delirios. Bien; esa conducta es bella, es noble, es digna de V. V. ha conocido que dado el primer palo no se puede volver atrás; que desenvainada una vez la espada por una causa, es preciso sostenerla como suele decirse, hasta la pared de enfrente; V. ha obrado siguiendo los impulsos de su corazón, y este, a mi modo de entender, le ha inspirado a V. lo mejor que podía hacer en estas críticas circunstancias. Siento no tenerle a V. a mano para darle un estrecho abrazo con toda la efusión de mi alma.

¿Qué podré decir a V., amigo mio, de los sucesos de Madrid que V. no conozca tan bien como yo? La revolución marcha entre nosotros a pasos agigantados, la inminencia del peligro, cada vez mayor, la hará más sanguinaria todavía. Creo que pronto tendremos la república, mucho se trabaja en Madrid para plantearla y aquí, con osadía, todo se logra. Yo miro como inevitable el triunfo de Don Carlos; esta es mi convicción, convicción íntima que no podrán destruir los mayores triunfos del partido liberal, desunido como lo está en el día, débil como no puede menos de serlo a consecuencia de su desunión, desmoralizado, ignorante y vano. Pero antes de llegar a este término pasaremos por todos los horrores de la anarquía, y es seguro que D. Carlos, si no me engañan mis previsiones, sólo reinará sobre ruinas y sobre cadáveres. No veo que exista en España ningún elemento de vida *elle est frapée de mort*, y me parece indudable que morirá moralmente hablando, sin que pueda salvarla el falso adagio de que *las naciones no mueren*. ¡Error! Mueren de consunción, mueren por efecto de la fatalidad, mueren también asesinadas, como han muerto Italia, Turquía y Polonia. Las tres causas se reunen para que muera España.

Hablemos ahora de nuestros amigos: Larra ha conservado una posición decorosa en esta crisis, aunque ha contribuído con su fatal talento a producirla; si fuera un hombre vulgar, Larra pereceria en ella y no habria motivo para compadecerle; su muerte sería un justo castigo de su desmoralización política. Lejos de estar en favor ahora con los vencedores, se le mira con muy malos ojos. Villalta está en completa desgracia; era amigo y hechura de nuestro buen D de R, y esto es en el día un crimen imperdonable. La conducta de Espronceda no la comprendo, pero seguramente será muy mala; yace no obstante en completa ociosidad. Hace cuatro días volvió de Zaragoza donde no sé que fué hacer; hay quien dice que llevó alguna comisión del gabinete anterior. El pobre Bretón, tan insignificante como siempre; está amolado por que trataba de casarse y no se atreve a hacerlo temoroso de que por animosidad le quiten el empleo que le dió el D de R, de Bibliotecario 2.° o 3.° con 2.000 r. Vega, que nada ha figurado en estas jaranas, continúa en su secretaría de auxiliar. Ya ve V., pues, que esta revolución no es obra de la juventud de

café; esta es, como la llama con mucha gracia nuestro amigo Bigüezal, *la revolución del sargento García.*

Llenaria a V de pena y de indignación ver la absoluta relajación de toda disciplina en que se halla la tropa; infinidad de jefes y subalternos han pedido el retiro y le han obtenido. Estamos en la mayor consternación y no sin fundamento, pues vivimos á merced de la soldadesca más desenfrenada, y un saqueo o una degollina de todo el que tenga una peseta es la perspectiva más probable que se nos presenta. Por otra parte, los facciosos se avecinan y no han de pasar 15 días (tal es mi opinión) sin que tengamos batallas campales en las cercanías de Madrid.

. . . . . .

Veo lo que me dice V. de mi recomendado Bejar—De todos modos, doy a V. un millón de gracias por el interés que se toma por mí—Digno Pepitoll—

Habrá V. de saber que ayer acabé el 3er acto de un drama en *cinco cadáveres* que estoy *componiendo*. Va a ser admirado! —Se están imprimiendo á toda prisa *Hernani* y *Antoni.*

Adiós, reciba V. mil afectuosos recuerdos de Carlota, la familia de Madrazo, todos los buenos amigos y el corazón de su invariable

Eugenio.

Puede que me vaya a París! otro día hablaré de esto.

Escriba! escriba!. Otro día seré muy largo, pero hoy no puedo. Ingrato! tenerme sin carta tanto tiempo—*Fi donc! C'est bien mal á vous! á bas les pattes!!*

Aquellos tres meses que corrieron hasta diciembre, cuando fué herido Campo Alange delante de Bilbao, los empleó en reconocimientos y marchas; tuvo el mando de la plaza de Santurce, en la que impuso la disciplina, después de ocupada. Espartero iba estrechando el sitio de Bilbao; allí, en aquel afanoso sitio, en medio del continuo batallar, recibia el 5 de diciembre de 1836 la herida que lo llevó al sepulcro el 12 de aquel mes en Portugalete. Bien mereció el dictado feudal «de toda la lealtad de España» que en otro tiempo recibió un magnate castellano, y con razón pudo decirle el Duque de Rivas: «Yo, veterano de la liber-

tad, soldado de otro tiempo y ufano con mis cicatrices, envidio tu gloriosa herida».

Sirvan estas cuartillas consagradas a la memoria del prócer que amó y cultivó las letras, renovando la tradición española de la nobleza culta, tan vigorosa y brillante en el pasado, para iniciar un estudio más completo y detenido de la personalidad literaria del Conde de Campo Alange, último de la vieja raza de los Negrete montañeses, por él enaltecidos con la gloria de su muerte y el empleo de una vida al servicio de la Patria y del deber.

EL MARQUÉS DEL SALTILLO.